

Diez mil cigüeñas

por José María Mendiola

14 de marzo, miércoles

Esta mañana explicaban los periódicos que diez mil cigüeñas volarían sobre nuestra ciudad el próximo día diecisiete. He leído la noticia con cierto interés, porque ignoraba que las cigüeñas hicieran tales cosas. Ignoraba, incluso, que existieran tantas cigüeñas en el mundo. En sus comentarios, el periódico no era demasiado explícito. Las cigüeñas venían de África, y se dirigían al Norte de Europa. Al parecer, en África sentían bastante calor, por lo que buscaban un clima más fresco.

Me hubiera gustado saber a qué parte del Norte de Europa se dirigían. La noticia, desde luego, no lo decía. Pienso que debían ir a Dinamarca, concretamente a Copenhague. Diez mil cigüeñas volando sobre Copenhague, en un atardecer lleno de grises, tenía que ser un espectáculo realmente impresionante.

15 de marzo, jueves

Me parece que uno de estos días iré a pedir algún trabajo a mi tío Alejandro. Un trabajo agradable, por supuesto. Un trabajo casi especial, parecido al que tiene mi propio tío Alejandro.

Mi tío Alejandro tiene la manera más bonita de trabajar que hay en el mundo. Se despierta a las diez de la mañana, y aparece en su oficina a las once y media. Tiene un empleado muy delgado, con grandes gafas, que

entra en su despacho para informarle de cómo marchan sus valores en la bolsa. Tío Alejandro se entera de si los valores suben o bajan, y gruñe suavemente. Gruñe siempre, hayan subido o hayan bajado. Me parece que, en el fondo, lo que a él le gusta es gruñir, y que las cotizaciones le vienen un poco anchas. A la una del mediodía, se marcha a tomar el vermut. «Si llama alguien —dice, invariablemente—, estaré en *El Metro*.» El empleado delgado asiente, con rutina, y tío Alejandro se va a *El Metro*, que es una cafetería de postín. Allí toma vermut y aceitunas rellenas. Pero nunca llama nadie para preguntar por él. Una vez estuve en *El Metro* toda la mañana, y nadie llamó por teléfono para enterarse de si estaba o no mi tío Alejandro.

Ignoro cómo diablos han podido ponerse de acuerdo tantas cigüeñas para hacer este viaje. Una decisión de tanta importancia ha debido llevarles mucho tiempo. Lo lógico sería que unas cigüeñas quisieran venir, y otras no, o que algunas no estuvieran conformes con la idea del viaje y se quedarán donde estaban. Posiblemente, muchas hayan permanecido en África. Fastidiadas de calor, pero sin ninguna gana de hacer tan descomunal viaje. El periódico no lo dice.

Tampoco imagino cómo se pondrán de acuerdo para ir a un país o a otro. El Norte de Europa es muy

grande, y pueden dirigirse a sitios muy distintos. Sin embargo, ninguno como Dinamarca. Pienso que la mayoría de las cigüeñas tratarán de llevar a las demás a Copenhague. Tiene que ser bonito llegar, ver la ciudad desde la altura, y saber que se está en Copenhague. Tiene que ser maravillosamente bonito poder ir a Copenhague.

16 de marzo, viernes

Me he levantado a las siete de la mañana. Todo estaba oscuro. He estado contemplando a un barrendero municipal que liaba un cigarrillo a la luz de una farola, y después he ojeado un periódico atrasado para saber si alguien ofrecía un buen empleo. Nadie ofrecía nada. He sentido cansancio, asco y aburrimiento, y me he vuelto a meter en la cama.

Al mediodía, he ido a *El Metro*, tratando de que tío Alejandro me invitara a un vermut. Al verme, ha gruñido un poco. Sé que disfruta gruñendo, de manera que me he quedado tan tranquilo. Luego, he esperado que me preguntara si quería tomar algo. Tío Alejandro ha comido siete aceitunas antes de preguntármelo. Me he bebido un vermut y he comido aceitunas rellenas. Cuatro aceitunas, para ser exacto.

Otra vez hablan los periódicos de

AUTORRETRATO

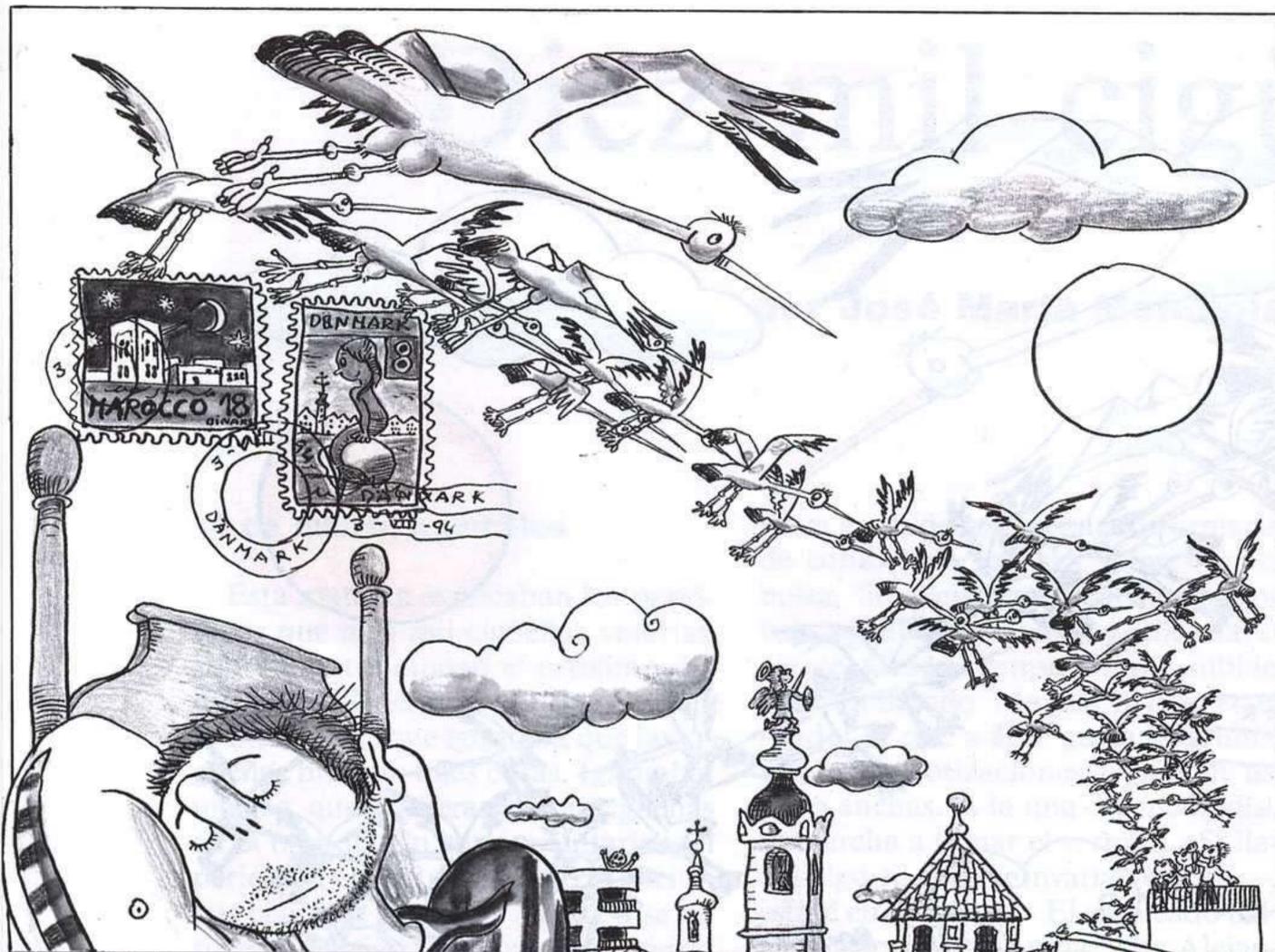


PILARÍN BAYÉS.

las cigüeñas. Dicen que jamás se han visto tantas juntas. Al parecer, en África debía hacer un calor insopor- table, sofocante, capaz de preocupar

seriamente a las cigüeñas. Llegarán mañana a nuestra ciudad. Eso lo sa- ben, según creo, porque calculan la velocidad del vuelo, la distancia, y

todo lo que haya que calcular. Lo que no acabo de comprender es cómo han averiguado que pasarán por nuestra ciudad. Quizá no lo hagan. Quizá las



PILARÍN BAYÉS.

cigüeñas no tengan un interés especial en ver esta ciudad y den un pequeño rodeo.

Pienso que no serán tantas como se dice, que posiblemente los periodistas exageran. Diez mil son muchas cigüeñas. Nadie las puede contar, me parece, de manera que no me creo que sean tantas cigüeñas. De todas formas, es hermoso que se unan y se digan: «¡Bien! Aquí, en África, está haciendo demasiado calor. Lo mejor que podemos hacer es reunirnos las diez mil y emigrar. Allá, por Dinamarca, debe de hacer un clima estupendo». Sí, tiene que ser hermoso verlas remontar el vuelo y dirigirse, bajo las nubes, en dirección a Copenhague.

Mañana llegarán las cigüeñas. Hacia las primeras horas del día, por supuesto. Estaba seguro desde el principio que habrían de volar al

amanecer, a la luz incierta del amanecer. Pondré el despertador a las siete, y me apostaré en la ventana. Nunca me perdonaría dejar de ver el paso de diez mil cigüeñas, el maravilloso paso de tantas cigüeñas reunidas.

Hoy he estado en la oficina de mi tío Alejandro. Llevaba la idea de hablarle de mi empleo, pero no lo he hecho. Tío Alejandro, hoy, ni se ha fijado en mí. Algo pasaba en los valores de la bolsa que los hacía sumamente interesantes. Tío Alejandro no quitaba los ojos de las condenadas cotizaciones que le proporcionaba su condenado empleado de gafas.

Realmente, la cosa no me ha importado mucho. Ya, al llegar, he pensado que cualquier otro día podría ser más apropiado para el asunto del empleo. Incluso, quizás, al mismo tío Alejandro se le ocurrirá afrontar la

cosa. Puede ser que alguna vez me diga: «He pensado colocarte, sobrino. Tengo un empleo para ti, un empleo que te va a gustar bastante». Sí, es posible que alguna vez ocurra esto.

18 de marzo, domingo

Ayer pasaron las cigüeñas.

Me levanté a las siete, y no quise correr el riesgo de lavarme, no fuera que a las cigüeñas les diera por aparecer de un momento a otro. Estuve mirando al cielo hasta que me dolió el cuello de tanto hacerlo. Después, pensé que quizá se rezagaran las cigüeñas, e imaginé algo para esperarlas cómodamente. Acerqué la cama a la ventana, y situé la almohada de tal manera que, recostado sobre ella, veía perfectamente el cielo. Ahora, todo se reducía a esperar. Todo se reducía a esperar cómodamente.

Pero me dormí.

Las cigüeñas pasaron sobre la ciudad, camino de Dinamarca, y todo el mundo pudo verlas. Todo el mundo, menos yo, pobre tonto que me quedé dormido hasta el mediodía.

Cuando supe que las cigüeñas habían pasado, que yo me había dormido, que fui la única persona de la ciudad que no pudo verlas, que jamás tendría ya una ocasión semejante para contemplarlas, y que ahora, ahora, volaban con elegancia pensando sin duda en Copenhague, las lágrimas asomaron a mis ojos. Pensé en dar patadas a las cosas y en pedir un empleo a tío Alejandro. Pensé en darle una buena patada a tío Alejandro, una soberbia patada que le quitara sus condenadas costumbres de gruñir y tomar vermut y aceitunas rellenas al mediodía.

Pero no hice nada. No hice absolutamente nada. Me limité a pensar que todo aquello era triste, y que difícilmente encontraría una ocasión tan maravillosa como la que había perdido. Una ocasión de ver diez mil cigüeñas juntas, volando sobre la ciudad, en ruta hacia Copenhague.